

LA CONSTRUCCIÓN DE VÍNCULOS CON LA CÁTEDRA LIBRE DE DERECHOS HUMANOS

Del conurbano sur a Puan: Un viaje por la memoria

Como la primera vez

La primera vez que ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires fue a inicios de los dos mil. Entonces era miembro del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Almirante Brown. Allí vivía y militaba, en Don Orione, el mismo barrio en donde también vivía quien había fundado el MTD, mi compañero y amigo Darío Santillán. Antes habíamos participado de algunas tomas de tierras en San Francisco Solano, donde el Movimiento de Trabajadores Desocupados era conducido por un sacerdote, que en algún momento —puesto entre la espada y pared por el arzobispado— eligió el camino de Jesús, puso a consideración de la asamblea si dejaba el lugar como le pedían sus superiores, o se quedaba para continuar el proceso de organización, y el resultado, inédito, derivó en una “toma” de la iglesia por parte de los desocupados del barrio, con el cura a la cabeza. Así que a la toma de tierras les sumamos la toma de parroquias. También solíamos visitar a nuestros pares de Florencio Varela y a los de Villa Corina, en Avellaneda, y cerca de allí, a un movimiento que se había conformado cruzando la avenida, donde ya era Lanús: el barrio La Fe. Pero no éramos puristas de la zona sur: cuando estallaron los piquetes en La Matanza nos fuimos para allá a ver de qué se trataba y cuando desde José C. Paz nos contactaron de una biblioteca anarquista viajamos como cuatro horas para ver si a nuestra coordinación se sumaban también las compañeras y los compañeros de la zona oeste (o noroeste). Parafraseando una vieja consigna, también nosotros podíamos decir: “ni sectarios ni excluyentes”, y agregar: “piqueteros solamente” (o “conurbaneros solamente”). Todo eso

Mariano Pacheco

Escuela de Filosofía Autogestiva “Horacio González” -
Instituto Plebeyo
palabrasprofanas@gmail.com

cambió en el verano de 2002, cuando tras el ciclo de luchas marcado por el fuego de los piquetes se sumó el ruido de las cacerolas y, luego del 20 de diciembre de 2001, nacieron asambleas populares en muchos barrios de lo que ahora llamamos CABA y las trabajadoras de la textil Brukman ocuparon la fábrica para sostenerla bajo control obrero. Pero antes, como decía, nunca íbamos a la ciudad de Buenos Aires y rara vez nos visitaba alguien que viniera “de la capital”. La excepción fue “Filo”, como le decían a esa facultad algunos compañeros que habían estudiado Historia y se habían vinculado al movimiento, a la que tras el estreno de la película dirigida por María Alché y Benjamín Naishtat más comúnmente se la llama “Puan”.

Llegamos a Filo por la invitación de la Cátedra Libre de Derechos Humanos. Así fue como alguna vez pudimos hablar, fuera del barrio, de aquello por lo que nos solían estigmatizar. Hablar y ser escuchados, ser aplaudidos... Recibir en el barrio y compartir no solo historias (de lucha) sino también momentos del cotidiano entre quienes muchas veces nos intuimos lejanos.

En el marco de ese vínculo con “La Cátedra” conocí las ediciones de La Rosa Blindada y a su mítico director, José Luis Mangieri. En una de sus colecciones publicó *El guardapalabras: Memorias de un ferroviario*, libro en el que su autor Juan Carlos Cena afirma que es un “escarbador”, una suerte de arqueólogo que remueve capa por capa en la búsqueda de los escondrijos donde la palabra se oculta y que, por eso mismo, es un memorioso militante que lucha contra el olvido: Cena, obrero ferroviario de familia ferroviaria, había comenzado hacía un tiempo a hablar de los desocupados como los “desaparecidos sociales”. Hoy claramente podríamos agregar a los “desaparecidos sociales” de ese “proceso de reorganización nacional” que fue la consolidación del modelo neoliberal del *menemato*, que había dado sus primeros pasos en Argentina con la última dictadura cívico-militar y antes en Chile con la dictadura de Pinochet. Un día, Cena fue a un corte de ruta que realizamos en el Triángulo de Bernal con un muchacho que, cámara al hombro, filmaba todo haciendo entrevistas. Allí nació el primer documental sobre el movimiento piquetero: *El rostro de la dignidad* (2002). Juan Carlos Cena también vino de visita al barrio Don Orione, a una actividad por el Día del Trabajador —proyección de *Los traidores* (1973) de Raymundo Gleyzer y debate, con mate y torta fritas—, junto a muchacho que militaba en Villa Lugano, Andrés Cuervo Larroque (quien aparece fotografiado junto a Darío Santillán, como alguna vez mostró Cristina Fernández de Kirchner en televisión, cuando era presidenta).

En ese tiempo, para nosotros, “derechos humanos” era un término que iba de la mano de “memoria”, a la vez atado a resistencia y revolución.

La lucha tiene nombre y rostro de mujer

A la Cátedra de Filo llegamos por Graciela Vicki Daleo, quien por ese entonces integraba la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos (AEDD). En aquel momento, la Asociación festejó su cumpleaños número diecisiete junto al MTD de Almirante Brown, en el Galpón Popular de Don Orione. No importaba si la mayoría de los invitados tenía que viajar desde la ciudad de Buenos Aires, porque la apuesta era ir a compartir esa jornada con una organización popular que en esos momentos protagonizaba las principales luchas en el país. “Volver a los diecisiete, después de vivir un siglo, volver a sentir profundo”, decía la tarjeta de invitación, que indicaba cómo llegar a Claypole desde Capital. “Porque luchábamos nos desaparecieron, porque aparecimos seguimos luchando”.

A Vicki la conocíamos desde antes de saludarla por primera vez: la habíamos visto una y otra vez en el film *Cazadores de utopías* (1996), de David Coco Blaustein, y habíamos leído su testimonio en *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina* (1997), de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, donde cuenta sus recorridos por Villa Corina, en Avellaneda, durante los primeros meses de 1977, cuando se juntaban en una sociedad de fomento a charlar con unos viejitos que jugaban a las bochas y tomaban un aperitivo. En ese mismo barrio, veinte años después, surgía un MTD que sería uno de los eslabones fundamentales de la primera movilización de los trabajadores desocupados que el 1.º de mayo de 1996 se hizo presente en Plaza de Mayo para alzar su grito de “¡Ya Basta!”, en sintonía con el lanzado por los zapatistas en México tras su alzamiento del 1.º de enero de 1994. Ni los militantes desaparecidos de los años setenta ni los desaparecidos sociales de los años noventa parecían resignarse a ser enterrados por la historia, por más que buenas porciones de un pueblo tuvieran que persistir en el reclamo de enterrar los cuerpos de los masacrados en cautiverios clandestinos y muchos familiares y amigos enterraran a sus seres queridos devorados por la crisis.

En general, mis compañeras piqueteras escuchaban con atención esos testimonios de luchas que emergían desde el subsuelo de la historia, mientras que varios de los pocos varones de avanzada edad que se integraban al

movimiento eran reacios a tratar temas del pasado reciente. Había muchas mujeres de todas las edades en los MTD, varios muchachos jóvenes y algunos hombres que habían participado de alguna lucha, de un proceso de organización sindical o vecinal. Y también esos otros que nunca se habían “metido en nada”, que sentían que habían “caído” ahí, con los “piqueteros”; para ellos, a diferencia de ellas y de los jóvenes, el término era totalmente peyorativo (casi una humillación), y asumían su situación como circunstancial y desconectada de cualquier historia. Por eso, se incomodaban cuando venían “desde afuera” y traían el *virus de la memoria*: empezaba a quedar en claro, al menos para la gran mayoría, el carácter estructural de la desocupación y sus causas también estructurales; esto que permitía indagar en el vínculo entre economía y sociedad, pero también entre política y subjetividad: carecíamos de trabajo, de una casa propia, padecíamos muchas necesidades, entre otros motivos porque estábamos pagando aún la fiesta que las clases dominantes llevaron adelante por años a costa no solo del sufrimiento de las grandes mayorías producto de un modelo de saqueo nacional e injusticia sociales, sino también del dolor que padecieron quienes sintieron en sus propios cuerpos las consecuencias de la revancha clasista tras la implementación de un régimen de terrorismo de Estado.

Quebrar las huellas de ese terror presentes y expandidas en el cuerpo social no era rápido ni sencillo. De allí la importancia de cada testimonio, de cada actividad que nos permitiera reconectar la actualidad con el pasado, los efectos con las causas, el miedo instalado con la dificultad de imaginar otros futuros posibles y comprometernos para pelear por ellos. Recién en 2001 algo de esto empezó a cobrar una dimensión clara, contundente, masiva. Y allí estuvieron las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, los H.I.J.O.S., las piqueteras, los trabajadores que no se resignaban a la traición de buena parte de su dirigencia, los estudiantes que buscaban retomar viejas peleas, y también los sobrevivientes del horror sosteniendo la antorcha encendida, intentando sustraerse del lugar de víctimas al que se los quería limitar tras haber sido condenados al dolor de la desaparición, la cárcel, el exilio, o la mera sobrevivencia como parias en una patria maltratada. “Que se vayan todos/ que no quede/ ni uno solo”: aquel grito que sintetizó la rebelión del 19 y 20 de diciembre también puede ser leído como la expresión de una indignación frente al conjunto de actores que permitió que la Argentina se sumergiera en ese ciclo de terror que va, en retrospectiva, del *menemato* al *proceso*.

Paradojas de la historia

Cerca de Villa Corina está el barrio La Fe, donde Darío Santillán fue a vivir y militar luego de haber contribuido a fundar el MTD de Almirante Brown. Antes de ser asesinado junto a Maxi Kosteki el 26 de junio de 2002 en la “Masacre de Avellaneda”, Darío participó de una toma de tierras donde se armó su primera casa; emprendió una “alfabetización digital” (con cartones fabricó teclados de computadora); planificó esquemas de autodefensa para las movilizaciones junto a la “comisión de seguridad” del movimiento; se puso al hombro el emprendimiento de fabricación de bloques de cemento para construir viviendas populares y espacios comunitarios, y organizó talleres de educación popular como parte de las actividades de formación del movimiento. En una de ellas, que se realizó en marzo de 2001, previa la marcha del 24, estuvo Graciela y ahí surgió la idea de que el Cholo fuera a Puan a participar de un foro de la Cátedra. La historia me la contaron Pablo Solana y Flor Vespignani, referentes del MTD de Lanús, cuando preparaba mi primer libro sobre nuestras historias de lucha desde mediados de los años noventa hasta inicios de los años dos mil.

Julio Escobar (así se llamaba el Cholo) ya estaba muy enfermo cuando se acercó a los piqueteros del barrio. “Yo tengo la sensación de que el MTD lo dejó tranquilo, que encontró una contención, un lugar para morirse tranquilo”, dice Florencia, quien rescata la dimensión contradictoria de su compañero: era peronista, gay y piquetero. Y había sido policía. “Lo echaron por puto”, agrega Pablo en lenguaje crudo, real. “Lo discriminaban”, acota Florencia. “Imaginate. Primero fue cana y después fue vedette de los corsos... pasó del uniforme azul a las plumas”, cuentan a dúo, entre risas, de esas que saben expresar una mezcla de alegría por los tiempos compartidos, el cariño cosechado y el dolor de la nostalgia por lo que ya no volverá.

“El MTD va a estar en cada lugar donde haya una injusticia”, supo decirle el Cholo a funcionarios de la municipalidad en alguna de las nuevas tomas de tierras que se consumaron en el barrio. Pero también advertía a sus propios compañeros: “Que no nos tilden de subversivos”. De esos elementos contradictorios está construido lo mejor de nuestro pueblo. Y eso supieron captar Vicki y sus compañeros de la Cátedra de Filo. El Cholo no llegó a ver y protagonizar la rebelión popular que el 20 de diciembre de 2001 hizo estallar por los aires el proyecto de país que comenzó a esbozarse a sangre y fuego el 24 de marzo de 1976 porque murió de sida en noviembre. Pero sí llegó a dejar en claro que donaba su casa para que el MTD construyera

ahí una biblioteca popular, que fue bautizada con su nombre. Y fue aplaudido cuando dio su testimonio en la Facultad de Filosofía y Letras. Por unos instantes, dejar de ser un condenado de la tierra, uno de esos humillados y ofendidos por la sociedad, pasar a ser el fiel testimonio de aquellos que toman fuerzas para sostenerse de pie, resistir y luchar. Quizás entonces haya sentido ese clamor que, en otros tiempos, en otros sitios y en otras circunstancias, se le negó: la posibilidad de ser una vedette... Entonces lo fue: la vedette piquetera, el rostro mismo de la dignidad.

Incitación a pensar

Estamos ante una carrera contra el tiempo. La falta de respuestas o ciertas acciones del poder dominante actual pueden promover una creciente desmovilización o una aceleración en el proceso de una construcción de una fuerza política y social de nuevo tipo. Los procesos que enfrentamos están lejos de ser lineales y no habría que desmoralizarse si se produce un cierto repliegue en la movilización: más bien podría ser esperable que la dinámica actual disminuya o se restrinja, en tanto es difícil que las sociedades mantengan durante un tiempo muy prolongado la salida a las calles y los ritmos de actividad que presenciamos. Pero si hay repliegue, seguramente va a ser similar al del río Nilo: cuando las aguas se retiran dejan un humus de gran fertilidad. Ya sea entonces a partir de los actuales niveles de movilización o del humus que han enriquecido estas experiencias, tenemos una gran oportunidad para canalizar nuestras demandas y sueños en una fuerza política y social y en proyecto estratégico para Argentina, concebido como parte de ese proceso de integración autónoma de América Latina, que finalmente nos permita construir 'esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas cuya temeridad sin fin se confunde con la leyenda'. (Argumedo, 2002)

Estas palabras fueron escritas por Alcira Argumedo. Las leí en el año 2002, cuando se publicaron bajo el título "Argentina: Debacle y oportunidades" en la revista *Tantas voces, tantas vidas* de la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos. Tiempo después Vicki me regaló, recomendándome enfáticamente que lo leyera, el libro *Política y Tragedia. Hamlet, de Hobbes a Maquiavelo* (2003) de Eduardo Rinesi (junto con un ejemplar que compilaba obras de

teatro de William Shakespeare). Después, Rinesi terminó escribiendo el Prólogo a mi primer libro *De Cutral-Có a Puente Pueyrredón. Una genealogía de los Movimientos de Trabajadores Desocupados* (2010), cuya presentación en Puan organizó la Cátedra Libre de Derechos Humanos.

No sé si lo dije en ese momento, pero la lectura del libro de Rinesi definió un modo del quehacer intelectual en mi vida: tardé años en leerlo completo y en dejar de subrayar y anotar comentarios en sus márgenes, pero desde entonces supe que algo de mi vida tenía que pasar por ese vínculo entre literatura, filosofía y política. No fue tanto por sus temas, sus autores (que lo fueron, de todos modos), sino —sobre todo— un tipo de escritura, un modo de abordar esos cruces lo que me fascinó. No se equivocó Vicki en su insistencia para que lo leyera, creo que intuyó la importancia que podía tener en mi vida. Hay textos, recomendaciones (conversaciones también), que te incitan a pensar.

Recuerdo ahora que presentamos ese libro en 2010. Meses, quizás semanas antes de que falleciera Néstor Kirchner y que una nueva camada de jóvenes se incorporara a la militancia inspirados por su nombre y lo que esa experiencia política (de la que nunca fui parte) implicaba para la época, así que el kirchnerismo todavía no tenía ese rostro masivo y juvenil como marca distintiva, pero ya había acontecido el conflicto entre el gobierno (y todo el entramado nacional-popular que lo respaldaba) y las patronales agropecuarias. Ya se había recuperado la ex ESMA como Espacio para la Memoria y se habían reanudado los juicios contra los militares que habían quedado libres e impunes tras las leyes de Obediencia Debida y Punto Final de Raúl Alfonsín y los indultos de Menem. Entonces alguien comentó algo acerca del “sentido de oportunidad” de este “primer libro” del autor. Recuerdo que fue un fuerte impacto, por dos motivos. En primer lugar, no me autopercibía como “escritor” y nunca se me había pasado por la cabeza escribir otros libros (si bien tenía esbozos de otro que había comenzado en simultáneo con aquel que estábamos presentando). En segundo lugar, me había tomado tanto tiempo terminarlo (casi siete años) que cuando se publicó no reparé en lo lejos que, política y afectivamente, “el 2001” y todo el ciclo de luchas que lo precedió había quedado, ya no digamos para el “común” de la gente, sino para las franjas “politizadas” de la sociedad.

Ahora, quince años después de aquella presentación, me encuentro terminando el que será mi décimo libro, y a la espera de ver si se reedita el que terminó siendo el tercero, pero que en verdad fue el segundo que empecé

a escribir (y que demoró diez años en ser publicado), *Montoneros silvestres. Historias de resistencia a la dictadura en la zona sur del conurbano* (2014).

Ya no tengo dudas de que no puedo concebir una vida en la que esté ausente la escritura. Respecto de los “sentidos de la oportunidad”, es posible que quizás a muchos se les presente la pregunta por los sentidos que puede tener, en un contexto como el actual, hablar de historias de lucha armada de hace cincuenta años atrás. Para las lógicas del inmediateismo contemporáneo, seguramente ninguna. Tampoco para quienes, en su búsqueda por confrontar esas lógicas, realizan un ejercicio de memoria en la búsqueda por combatir la impunidad y las apologías del olvido y conquistar la verdad y la justicia, pero entienden que “conviene” (¡otra vez el sentido de la oportunidad!) no indagar tanto en las perspectivas de revolución que llevaron a buena parte de una generación a comprometer sus vidas en la militancia revolucionaria.

Quizás para quienes nos formamos política y culturalmente en la adversidad (la de los años noventa), escuchando y leyendo relatos de quienes combatieron hasta las últimas consecuencias en los momentos de mayor adversidad (la de la segunda mitad de los años setenta), cobre otro sentido el desafío de sostener discusiones incómodas. Como esas que se apostó a sostener a fines de los años noventa e inicios de los años dos mil en espacios como la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, o como esa que intuyo que quisieron sostener el último 24 de marzo, en las calles, banderas como la que estaba en la cabecera de la columna Mostri, con el rótulo “LAS GUERRILLERAS, SON NUESTRAS COMPAÑERAS”.

Bibliografía

- Anguita, E. y Caparrós, M. (1997). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina*. Norma.
- Argumedo, A. (2002, mayo). Argentina: Debacle y oportunidades. *Revista Tantas vidas, tantas voces*, vol. 1, núm. 5. Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos.
- Blaustein, D. (1996). *Cazadores de utopías*. [Documental]. INCAA.
- Cena, J. C. (1998). *El guardapalabras: Memorias de un ferroviario*. La Rosa Blindada.
- Gleyzer, R. (1973). *Los traidores*. [Película]. Grupo Cine de Base.
- Grupo Alavío. (2002). *El rostro de la dignidad*. [Documental]. MTD Solano.
- Pacheco, M. (2010). *De Cutral-Có a Puente Pueyrredón. Una genealogía de los Movimientos de Trabajadores Desocupados*. El Colectivo.

Pacheco, M. (2014). *Montoneros silvestres. Historias de resistencia a la dictadura en la zona sur del conurbano*. Planeta.

Rinesi, E. (2003). *Política y Tragedia. Hamlet, de Hobbes a Maquiavelo*. Colihue.